

1939

TRADICION EN PELIGRO

30-III-1939

Como observador ajeno a la ciudad, aunque me unan a ella diversos lazos de amistad, afecto y, sobre todo, de admiración hacia su increíble majestuosidad urbanística y monumental, creo necesario dejar un testimonio sobre lo que pude ver en las primeras horas del pasado viernes. Una tradición consagrada a lo largo de varios siglos y que ha contribuido a dar a la ciudad una gran parte de su fisonomía atávica y espiritual, se ha convertido, como consecuencia de la masificación típica de nuestro tiempo, en un espectáculo del que ni participantes ni espectadores podemos alegrarnos.

El fenómeno se repite no sólo en todas las ciudades de España, sino en casi todos los países de Europa; el cambio de los modos de vida, la expansión de una civilización del bienestar y del consumo vienen a representar una transformación en las costumbres y una degradación progresiva, de los valores religiosos y culturales, que se integran en determinadas celebraciones erigidas en formas de conducta.

Como manifestación colectiva de la piedad de un pueblo, la Semana Santa española tiende en general a su desaparición. En la mayoría de los casos, las vacaciones son aprovechadas para un descanso en la playa o en la montaña y no para la participación en prácticas religiosas que evidencian, en su disminución cuantitativa y cualitativa, no sólo un cambio en los ritos de conducta, sino también una materialización progresiva de la sociedad en que vivimos.

En el entorno de este diagnóstico, la Semana Santa de Cuenca ofrece, por el contrario, un balance positivo. En la madrugada del Jueves al Viernes Santo, la ciudad presentaba una concentración humana tan enorme que podría hablarse de que se había triplicado o, por lo menos, duplicado su población, con un repertorio de afluencias de varia índole.

Por un lado, se encontraban personas que habían venido a refrescar un recuerdo, o a provocarlo por primera vez, de un repertorio de vivencias en el que las conductas simbólicas exteriorizan, mediante la participación en las procesiones, una peculiar forma de comunicación a través del espacio y del tiempo, con lo que la ciudad representa como conjunto de valores espirituales y culturales.

En segundo término, estaban los conjuntos de personas, grupos familiares, profesionales, de amistad y convivencia que, naturales o acaudados, hacen de la ciudad lo que esencialmente es, una proyección del espíritu ostensible más allá de rasgos coyunturales; de modas, costumbres o formas de consumo.

Pero, en tercer término, había una enorme afluencia de personas de las que confunden la libertad, que los españoles están tan difícilmente construyendo, con la estupidez; que creen que expresarse es mugir, divertirse, alcoholizarse y

que canalizan recónditas frustraciones a través de la agresividad y del desorden.

A estas personas se debe el que la procesión que mejor define en su conexión de raíces tradicionales y populares, la Semana Santa conqueñense se transformara en un absurdo tropel ruidico de gentes que se amontonaban sin capacidad para coordinar sus acciones como consecuencia de la desmesura en la bebida, interrumpiendo el normal desarrollo de la procesion y haciéndola perder su perfil de autentico trasunto histórico.

Se habla de que se habían extendido ochocientas credenciales para participar en Las Turbas, cantidad que parece un tanto insólita y excesiva y que podía ella sola haber convertido la procesion en una tamborrada. Pero los espectadores y los que recorrimos la procesion varias veces grabando imágenes y sonidos, constatamos más de tres millares de individuos vistiendo túnicas, en la mayoría de los casos con acentos no castellanos y con el característico modo de hablar del conqueñense que, confundiendo la procesion con una bacanal de perfiles carnavalescos, despojaron a este momento importante de la Semana Santa conqueñense de la mayoría de sus atributos y, fundamentalmente, de su serenidad y su belleza.

Los que se han hecho veteranos en su participación en esta manifestación, los que saben perfectamente cuál es el espíritu de la turba, afirmación casi litúrgica, a través de la cual el pueblo expresa en dos formas de expresión diferente, la unidad de un mismo estado de ánimo, sierten tristeza, dolor e incluso vergüenza por haber visto cómo se transformaba su muy querida procesion «Camino del Calvario», o de «Las Turbas», en una parranda de cafres.

Todos sabemos que no se puede dar ningún tipo de apertura a la libertad ni a la democracia sin unos fundamentos de educación y de cultura. Que no hay acción humana sin una base responsable. Y que lo que España tiene que realizar fundamentalmente es una revolución cultural, de cultura esencial, sin apellidos políticos y sin pregonandos de consumo. Mientras que los españoles, todavía embrutecidos en la civilización hortera del «Seiscientos» y los grandes estupefacientes nacionales que son el fútbol y la televisión, no sean capaces de vivir, presenciar y respetar las tradiciones de las ciudades del reino, es evidente que se hace necesario el que la ciudad defienda su tradición amenazada, obstaculizando el acceso, la acampada e incluso la entrada a una ciudad que jamás lo ha regateado. Y, sobre todo, que se evite que cualquier cretino procedente de Madrid o de cualquiera otra de las ciudades masificadas próximas a Cuenca, venga provisto de un tambor y de una túnica a contribuir a la conversión de una manifestación popular y tradicional en una cita de bárbaros.

Raúl CHAVARRI